NÚM. 27. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 1.° DE JULIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

Decididamente el asunto de la renuncia de Montemolin y don Fernando y de los manifiestos de don Juan, va picando en historia y amenaza entretener al público por largo tiempo. Nuestros lectores saben que cuando se estaba discutiendo sobre si don Cárlos y don Fernando deberian ser juzgados y en este caso cuál habria de ser el tribunal encargado de juzgarlos, se les ocurrió á los dos hermanos renunciar sus pretensiones, asegurando que lo hacian espontáneamente, que nunca jamás volverian á consentir que en su nombre se *levantase bandera, que considerarian como enemigos á los que tal hiciesen*, y que si salian de la prision en que se hallaban, ratificarian inmediatamente aquella renuncia como prueba de que solo su conciencia y el convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos les habian movido á hacerla. La renuncia fue en efecto tan espontánea, cuanto que al gobierno actual nada le importaba que no la hicieran, antes bien en cierto modo le habria convenido, y cuanto que don Juan cerciorado de su autenticidad se creyó llamado á suceder en sus pretensiones á sus dos hermanos mayores publicando un manifiesto al efecto, que fue seguido de otro, y no sabemos si este será el último.

Pues bien, despues de este ruido, ahora salimos con que don Cárlos y don Fernando han escrito á la reina diciéndola que les es imposible ratificar su renuncia porque habiendo consultado nada menos que á siete eminentes jurisconsultos, estos han opinado, no sabemos si por mayoría ó por unanimidad, que no hay términos hábiles en derecho para semejante ratificacion. Escudados con la opinion de los citados eminentes jurisperitos, don Cárlos y don Fernando mantienen sus pretensiones y ya que en virtud de esta nueva resolucion ha venido otro manifiesto anulando la renuncia y diciendo que lejos de tener por enemigos á los que levanten su bandera les tendrán por amigos y fieles vasallos. ¿Pero qué dirá á esto don Juan que habia ya tomado el nombre y las armas de rey y que se queda, digámoslo asi, vestido y sin trono? Prevemos una lucha fratricida que no solo dividirá profundamente la familia de don Cárlos, sino que cundirá al partido que hasta ahora ha visto en ella la personificacion de sus ideas.

Es probable que don Cárlos y don Fernando viendo que el partido carlista por las declaraciones liberales de don Juan se iba á quedar sin tener quien le representase, hayan querido sacrificarse y se hayan resignado á *reinar*. Todo es presumible de las diversas cualidades que segun ciertos periódicos políticos adornan á estos príncipes. Segun nuestras noticias don Cárlos y don Fernando se reunieron en Colonia con muchos de los adictos á su causa y allí es donde se deliberó y donde se consultó á las siete lumbreras de la jurisprudencia á que hacen alusion en su carta. El asunto era gravísimo: se trataba de saber si don Cárlos y don Fernando debian renunciar á un derecho imposible de convertir en hecho y que es mas bien una aspiracion, ó debian dejárselo á su hermano que habia mostrado deseos de hacer mal uso de él cuando llegara ese caso imposible de realizarlo. Los *jurisperitos, pesando bien el pró y el contra en la balanza de Astrea*, creyeron que no era lícito arrojar asi pretensiones tan preciosas aunque imposibles, y que debia recogerse la palabra dada.

De manera que se nos figura ver en don Cárlos y don Fernando aquel hombre que segun una cancion antigua al hacer testamento dejaba á su hermano

> Un olivar
> Que no está plantado
> Ni se ha de plantar.

Con la diferencia de que aquel testador no revocó su testamento, y se murió muy satisfecho de dejar rico á su hermano mientras que los testadores actuales le revocan creyendo que ha sido demasiada largueza la que han usado con una persona que ya desde el principio anunciaba el mal uso que iba á hacer de las olivas no plantadas y de las aceitunas que no habian nacido ni podian nacer.

Segun las últimas noticias de Nápoles, al fin han terminado los profundos trabajos y largas elucubraciones á que el Consejo de Estado y los miembros de la familia real se han entregado para preparar reformas convenientes á las Dos Sicilias. S. M. napolitana concede espontánea y benignamente una amnistía ámplia y completa: despues se formará un nuevo ministerio encargado de dar la última mano y publicar una Constitucion segun las circunstancias la requieren; luego se adoptarán por bandera los colores italianos y se buscará la alianza con el Piamonte, y á mayor abundamiento se da á la Sicilia una administracion separada, se la hace partícipe de los beneficios de la Constitucion napolitana y se la regala *par dessu le marché* un príncipe de la sangre para gobernarla.

El telégrafo ha anunciado la adopcion de todas estas reformas que ya pronosticaban las cartas particulares. Estas sin embargo añadian que las concesiones hechas no serian sino provisionales, mientras la córte de Nápoles podia hallarse en circunstancias de proveer con un ejército austriaco y con nuevos elementos á las necesidades del régimen absoluto. Las cartas no tenian necesidad de decir nada de esto porque se conoce á legua. Pero de todos modos el hecho es que se ha decretado una Constitucion para Nápoles y Sicilia.

Sobre el resultado de esa Constitucion no puede haber en Europa mayor divergencia de pareceres que la que existe, pues mientras los unos creen que de esta suerte se ha asegurado la dinastía reinante en su trono *y ha conjurado la tempestad que con tanta furia ha comenzado á descargar sobre su cabeza*, otros opinan que las cosas han llegado á tal estremo que semejantes concesiones no harán mas que precipitar la caida de Francisco II haciéndola aun mas desairada de lo que hubiera sido en otro caso. No tardaremos en ver cuál de estas opiniones es la verdadera porque los acontecimientos van adquiriendo mayor velocidad á medida que el desenlace se aproxima.

Continúa Garibaldi organizándose en Sicilia, de cuya isla es enteramente dueño, á escepcion de Messina que se conserva todavía en poder de las tropas napolitanas. Habiase dicho que entre estas se observaban síntomas alarmantes de indisciplina, y se creia que al aproximarse el ejército de Garibaldi á la ciudad la desercion de la guarnicion y la sublevacion de los habitantes coincidirán con su presencia al pié de los muros. No sabemos el fundamento que tendrán estos rumores, ni es tampoco seguro que Garibaldi se haya propuesto atacar á Messina á pesar de haberse anunciado asi casi oficialmente. Los proyectos del dictador de Sicilia parecen ser desembar-

car en el continente y marchar sobre Nápoles. Si en efecto Messina no se subleva y se halla tan fortificada que necesitara un sitio largo y regular para tomarse, no estrañaremos que la insurreccion no se detenga á establecerlo y pase adelante, segura de que despues de un triunfo en el continente Messina ó no ha de resistirse ó ha de costarle mas barata.

Se ha recibido noticia oficial de que los marroquíes tienen dispuestos unos 6.000,000 de duros en Mazagan para enviárnoslos. El señor Merry, cónsul de España en Tanger ha pedido instrucciones al gobierno, sobre la manera de encargarse de este dinero, y en primeros de julio habrá entrado probablemente en las arcas del tesoro. No se sabe si los marroquíes pedirán que se les evacue á Tetuan dando alguna otra garantía en cambio: si lo piden, una vez que no hemos de conservar esa ciudad, cuanto menos gastemos en ella mejor. Esto sin contar con el deseo natural en los numerosos batallones y escuadrones que allá quedaron de volver cuanto antes á su patria y con el que nosotros tenemos de que vuelvan. El cólera dicen que ha desaparecido de Tetuan y de Ceuta; sin embargo el general Rios, jefe del ejército de ocupacion de la primera, se ha visto tan enfermo que se ha temido con fundamento por su vida. Los últimos partes de que tenemos noticia anuncian que se habia aliviado bastante, aunque no estaba fuera de peligro. ¿Qué enfermedad es la que ha tenido el general Rios? No se ha dicho, de donde se deduce por algunos que ha sido el cólera.

En Málaga donde esta plaga ha hecho muchas víctimas, está ya á punto de cantarse el *Te Deum*; pero se ha presentado en cambio en algunos puntos de la provincia de Almería, si bien las disposiciones acertadas de las autoridades han conseguido disminuir sus estragos.

Han comenzado los calores y por consiguiente la emigracion de las personas acomodadas, y las recepciones se han suspendido. Sin embargo acaba de llegar segun parece un ilustre personaje que si hemos de creer lo que dicen algunos *periódicos* dará *hoy* su *primera recepcion*, la cual se espera que deje satisfechos á los concurrentes. Se trata de una hermosa pantera negra de Java tal y tan buena como la que llevaba el domador de fieras Morok en la novela el Judío Errante y de la cual el célebre Eugenio Sue se valió para una multitud de peripecias y situaciones dramáticas. Si vienen, como se dice, los dos leones del desierto que mandan de regalo los marroquíes, no dudamos que las recepciones seguirán cada vez mas brillantes.

El calor tiene alejado al pueblo de los teatros: ó mejor dicho los teatros están cerrados por causa del calor y de las moscas. Acabaron las representaciones de Tamberlik y han empezado las del Circo de Price. Los Eliseos se ponen en moda: las verbenas reemplazan á los bailes de máscara y *de serio*. Mucho nos vamos á divertir este verano.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

PRISION DEL REY DE FRANCIA

FRANCISCO I,

POR LOS ESPAÑOLES EN LA BATALLA DE PAVIA.

(CONCLUSION.)

XII.

Al salir el sol, y puesto el ejército imperial en el órden que hemos dicho, se vió avanzar á lo lejos, por la izquierda, el ejército francés, cuyo número era infinitamente superior al del ejército imperial.

Venia en la vanguardia el duque de Alenzon, con quinientos gendarmes ó lanzas gruesas, formidable caballería cuyo empuje era tan bravo, tan poderoso, que casi era imposible resistirle.

Estos gendarmes iban cubiertos de hierro.

A estos quinientos lanzas servian de resguardo cinco mil esguízaros, gente fuerte y escogida.

Seguian dos escuadrones de lanzas gruesas en número de dos mil hombres al frente de las cuales marchaba el rey de Francia, acompañado de Enrique de Labrit, que se titulaba rey de Navarra, del príncipe de Escocia, del almirante de Francia, del gobernador de Borgoña, duque de la Palisa, del conde de Saint Pol, y de mas de doscientos caballeros de la alta nobleza francesa.

Relumbraba de galas, de divisas, de penachos, este que podia llamarse el estado mayor de Francisco I, hasta tal punto, que comparado con los suyos, parecia miserable el atavío de los imperiales.

Seguia á estas lanzas, un escuadron de infantería (1) de los que se llamaban de la *Banda negra*, fuerte de quince mil hombres, y estendido en ala por la llanura.

Seguian un escuadron de quince mil esguízaros, otro de quince mil italianos, y por último, otro de diez mil gascones y bearneses.

(1) En aquellos tiempos todo cuerpo de soldados en llegando á cierto número, se llamaba escuadron, ya lo compusiesen infantes ó caballos.

Era, pues, triple el número del ejército francés, comparado con el número del ejército imperial.

Ademas, habian quedado sobre Pavia diez mil infantes italianos y franceses, para impedir que saliese de la ciudad Antonio de Leiva con sus tropas para ayudar á los imperiales.

XIII.

Sin aterrarse el marqués de Pescara, por la enorme ventaja numérica de los enemigos, habiendo adelantado algun espacio hácia ellos como para reconocerlos de mas cerca, se volvió y dijo á sus soldados:

«¿Qué os parece la soberbia de esos locos? El rey de Francia ha echado un bando, para que ningun francés, pena de muerte, tome un solo español á vida.»

Esto, que era falso, lo decia el marqués para embravecer á sus soldados.

Ya á este tiempo, los franceses habian puesto delante de sus escuadrones su artillería, que era buena y numerosa, y empezaron á disparar sobre los imperiales; los primeros tiros mataron algunos hombres de armas é infantes, por lo que Pescara mandó que el escuadron de infantería española, marchase al paso hácia la casa de Mirabel (que como hemos dicho estaba en el centro del parque) y pusiese junto á ella las dos únicas piezas de artillería de los imperiales, en un altillo, y que desde allí rompiesen el fuego contra los franceses.

Llegó el escuadron junto á Mirabel, pasó con el agua hasta la rodilla el arroyo que corria junto á él, hicieron alto, pusieron en batería en el cerrillo las dos piezas y rompieron el fuego.

Pero este fuego se redujo á dos solos disparos.

Es decir, á los dos tiros que llevaban cargados los cañones, porque las yeguas que llevaban las municiones se espantaron y huyeron sin que pudiera dárseles alcance, y fue necesario abandonar allí la artillería por embarazosa é inútil.

XIV.

Entre tanto el duque de Alenzon rodeando una arboleda, avanzó sobre los imperiales, con quinientos gendarmes y cinco mil esguízaros, para tomar al ejército imperial la retaguardia cerrando el portillo por donde aquel habia entrado en el parque, y acometerle por la espalda.

Pero la infantería española, la alemana y los ginetes, no estaban donde Alenzon habia creido, y se encontró solamente con la infantería italiana.

Cuando este vió sobre sí tanta y tan buena gente de á pié y de á caballo, se apercibió bravamente para rechazarla; pero el capitan Papapoda que estaba en la primera hilera, dijo:

—«Pareceme que para resistir el ímpetu de esta gente, seria cordura recogernos á aquella alamedilla.

—Mirad, capitan, respondió un alférez que estaba detrás de Papapoda con la pica en la mano, que ya no es tiempo de buscar esas seguridades á los que mas buscan honra que vida: acordaos de que, para este dia, os ha pagado el emperador muchos años: por tanto, no os mudeis de donde estais, que si no, tened por cierto que el primer picazo que dé será en vos.»

Acababa apenas el alférez de decir estas palabras, cuando las lanzas francesas y los esguízaros arremetieron contra el escuadron italiano, y con tal empuje, con tal furia, que en un momento desbarataron el escuadron, mataron ó hirieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de que estos se defendian con gran coraje y mataban y herian tantos franceses, que estos á pesar de haber quedado victoriosos, se acobardaron y retrageron de tal modo, que no fue posible hacerles entrar en batalla, reduciéndose á apoderarse de los dos cañones abandonados, y á utilizarlos haciendo fuego contra los imperiales.

Creyeron por entonces los franceses ganada la batalla, con la rota de los italianos, y empezaron á aclamar victoria por Francia.

XV.

Cuando el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy, vió el desastre de los italianos, gravemente cuidadoso por él, envió á su contimo el capitan Aguayo, con un aviso al marqués de Pescara, para que con la infantería española se metiese dentro del foso de la casa de Mirabel, y se fortificase allí, para recoger á la gente con mas ventaja; pero el valiente marqués que no habia perdido su serenidad por el percance de los italianos, comprendiendo que era un despropósito el aviso que se le daba, porque meterse en Mirabel era encerrarse, y solo se podria resistir dos dias por falta de víveres, contestó al capitan Aguayo en alta voz que fue oida de todos los infantes:

«Decid al virey, que sin aguantar mas el daño que la artillería hace en los hombres de armas, acometa y rompa los enemigos, porque al fin el que espera da ánimo á su contrario: que yo seré luego en la batalla.»

Llevó esta respuesta al virey el capitan Aguayo, y volvió al punto y dijo al marqués:

—«Señor, el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel, como lo dice; que lo demás seria ir á buscar la muerte á sabiendas.

—Decid al virey, repuso el marqués, que acometa á sus enemigos; que pues la muerte no deja de alcanzar á los que huyen, vale mas alcanzarla con honra, que huir con perpétua infamia.»

Y acabado de decir esto se revolvió con su escuadron sobre los enemigos.

XVI.

Tornó la infantería á pasar el arroyo; los contínuos y criados del marqués se metieron en el escuadron, y yendo á vanguardia los arcabuceros en número de ochocientos, adelantó el marqués solo sobre su caballo el *Mantuano* y viendo tendida en el suelo una lanza de hombre de armas, mandó que se la diesen y poniéndola en la cuja volvió á arrojarla al suelo diciendo:

—«Quitadme allá ese estorbo.»

Y desenvainó la espada.

En tanto el capitan Aguayo llevó al virey la contestacion del marqués, y el virey conociendo que aquello era lo que convenia, dijo á su escuadron:

«¡Ea señores! aquí no hay en qué esperar sino en Dios; por lo tanto yo ruego á todos que me sigais, haciendo lo que yo haré.»

Mandó ademas el virey al duque de Borbon que acometiese con sus hombres de armas, y al capitan Alarcon con la retaguardia.

El duque de Borbon, cuando oyó esta órden levantó las manos al cielo como dándole gracias porque le concedia una ocasion para mostrar al rey de Francia cuánto era su ódio hácia él; y el virey, haciendo la señal de la cruz, y persignándose, tomó una lanza, y con su escuadron empezó á caminar en buen órden hácia los escuadrones franceses que se habian detenido.

XVII.

El rey de Francia andaba entre tanto discurriendo por entre sus escuadrones.

Iba magníficamente armado.

Montaba un poderoso caballo.

Llevaba sobre la armadura un sayo de brocado y terciopelo morado, y bordadas en él muchas *efes*, como iniciales no sabemos si de la palabra Francia ó de la palabra Francisco.

En el almete llevaba un gran penacho amarillo y morado, que caia hasta tocar la grupa del caballo, y de entre las plumas de este penacho salia una bandereta de cendal morado, con una salamandra dorada en una hoguera, y un mote alrededor que decia:

«*Istá vice et non plus.*» (1)

Junto á él iba el nombrado rey de Navarra Enrique de Labrit, con riquísimas armas doradas y sobrevesta de brocado verde, salpicada de veros morados, y el caballo encubertado de terciopelo pardo y fajas de oro.

Acompañaba ademas al rey el príncipe de Escocia, hermoso jóven de diez y ocho años: llevaba sobre las armas un sayo de brocado sembrado de cruces blancas, y al cuello una larga y gruesa cadena de oro, con un rico joyel.

XVIII.

Cuando Francisco I vió que la gente de armas de España iba sobre la suya dijo en alta voz:

«¡Ea, caballeros! pues esta gente viene como buenos á buscarnos, razon será que como á tales les salgamos á recibir.»

Mandó que el príncipe de Escocia, el duque de la Palisa, el conde de Saint Pol, y el mariscal de Montmorency, adelantasen con la vanguardia á encontrar al virey de Nápoles que con su escuadron estaba cerca de los franceses.

En aquel momento, se oyó la robusta voz del virey, que lanzó ese grito de guerra tan temido en otros tiempos: ese grito de guerra, en que siempre se ha aclamado á la nacion, á la patria, como lo mas sagrado que podian aclamar los españoles aun en los tiempos en que en España la monarquía absoluta era una verdad:

«¡Lanzas en ristre!» habia gritado el virey: «¡á la ventura de Dios! ¡Santiago y cierra España!»

XIX.

Cerró con la violencia y el estruendo de una tromba el escuadron de los españoles, contra los gendarmes franceses que les salieron al encuentro: atronó el choque la campaña: gran número de hombres de una y otra parte volaron de los arzones, como si les hubieran nacido alas, al primer encuentro; no se oia otra cosa que los golpes sobre los arneses, y los gritos de ¡Santiago y España! de los españoles: ¡San Dionisio y Francia! de los franceses.

Los relinchos de los caballos que salian de la batalla sin ginetes; el quebrar de las lanzas; las caidas de los caballeros; los alaridos de los lastimados; los ayes de los moribundos pisoteados por los caballos, todo era solemne, grande, espantoso, aterrador.

Los españoles, inferiores en demasía en número, por mas que lo *hacian bien*, y apretaban los puños á las lanzas, y las espuelas á los caballos, y sudaban á rios,

(1) Esta vez y no mas.

llevaban la peor parte, en tanto que los gendarmes franceses sin dejarlos parar casi los envolvian.

XX.

Al ver el marqués de Pescara á los hombres de armas en tanto aprieto, se volvió á su escuadron de infantes y les dijo:

«Ya veis, señores, como nuestra gente de armas, hace como buena lo que en sí es; y si revés ó daño reciben, será por ser tan pocos, que para cada hombre de armas español, hay tres lanzas francesas: id, pues á socorrerlos, y porque no sería acertado que fuesemos todos, salga el capitan Quesada con su compañía de arcabuceros, y vayalos á socorrer.»

Salió el capitan con doscientos arcabuceros, y tal maña se dieron, que llegando al lugar donde los hombres de armas españoles peleaban con los franceses, donde quiera que veian una cruz blanca, que era la divisa de los gendarmes, allí ponian la puntería, sin errar un tiro y quitando á muchos franceses los caballos y las vidas.

Los disparos de arcabucería y el humo causaron tal espanto á los caballos de los enemigos, que muchos de ellos se salieron de la batalla sin poderlos contener sus ginetes.

Así murieron muchos nobles franceses: allí sucumbió el valiente y célebre almirante de Francia, duque de la Palisa, que habiéndose salido de la batalla y entregádose al capitan Chuchar, llegó un arcabucero y le mató.

Entre los españoles dieron clarísimas muestras de valor el virey de Nápoles y el duque de Borbon, que se metió cuanto pudo en la batalla ansioso de medir sus armas con las de un enemigo personal el rey de Francia: el marqués del Vasto, sostuvo noblemente su renombre de bravo: el capitan Alarcon que metió con la retaguardia en la batalla, se espuso tanto, que aunque mató algunos franceses, le derribaron del caballo y allí hubiera perecido á no socorrerle algunos arcabuceros, y un buen soldado, Jorge de Sevilla, se puso en gran peligro al quitar á un francés su caballo para dárselo á Alarcon.

XXI.

Un poco antes el marqués de Pescara, que estaba á la derecha con la infantería, vió á lo lejos un grueso escuadron de enemigos que marchaba sobre su flanco, y para engañar á sus soldados se valió de un ardid.

«¡Ea, mis leones de España! les dijo: hoy es dia de matar la hambre de honra que siempre tuvisteis: para esto os ha traido Dios hoy tanta multitud de *pécoras* (así llamaba el buen marqués á los franceses) en que os cebeis: mirad que aquel escuadron que algo lejos viene hácia aca (y señalaba el escuadron enemigo) me parece que es de los nuestros que están en Pavía, que con el deseo de ganar honra han salido y vienen á juntarse con nosotros: vamos, pues, á recibirlos, que juntos podremos volver sobre la mano izquierda, y entrar á nuestro sabor por los enemigos.»

Con esta ficcion del marqués, y creyendo amigos á los enemigos, la infantería española marchaba animada y á buen paso hácia la infantería francesa.

Debemos advertir, para que no falte ningun detalle, que la infantería tudesca estaba firme en el campo, preparada para acudir á donde fuese necesario, y que cuando pasaba junto á ella desbandado algun arcabucero español, el coronel Micer Jorje salia, y asiéndole por un brazo le decia en su lengua tudesca: *Fermi, fermi*, esto es, quédate, quédate aquí.

De este modo reunió en su escuadron mas de treinta arcabuceros.

XXII.

Caminaba entre tanto la infantería española hácia la francesa creyendo los primeros que eran amigos los segundos, por el engaño ds Pescara; pero llegaron á estar ya tan cerca, que no pudo sostenerse por mas tiempo el engaño.

Se veian claro las divisas y las banderas.

En aquel momento el marqués se volvió como asombrado á los suyos y les dijo:

«¡Oh cuerpo del mundo! ¡engañados venimos! ¡que enemigos son!»

Y como viese que se adelantaban los escopeteros franceses, gritó con voz *terrible*:

—«¡Sus! ¡todo el mundo hincadae las rodillas haga oracion, y nadie se levante hasta que lo diga yo!»

El marqués no pretendia otra cosa que ofrecer menos masa á la primera descarga de los enemigos: una línea menos alta, y por consiguiente menos vulnerable.

Todos se arrodillaron: solo quedó enhiesto, delante de ellos el marqués sobre el Mantuano.

XXIII.

Un momento: cerremos los ojos y veamos en nuestra imaginacion ese hermoso cuadro de la batalla de Pavía.

Seiscientos españoles arrodillados rezando acaso su última oracion.

Al frente de ellos, avanzado, altivo, gallardo, sobre su magnífico caballo don Fernando, Dávalos, marqués de Pescara, fijando una mirada grave, profunda, observadora en quince mil infantes franceses que avanzan y cuya vanguardia apunta ya los arcabuces.

Es un cuadro patético al par que bravo.

Allí están juntos la piedad, la prudencia y el valor. Cuanto constituye á los héroes.

¡Oh! ¡qué tiempos aquellos!

XXIV.

Llegó un momento en que los escopeteros franceses hicieron fuego.

La descarga pasó, como sagazmente lo habia previsto Pescara, sin matar ni herir á un solo hombre.

Cuando los escopeteros franceses que habian avanzado para disparar volvieron las espaldas para reunirse á su escuadron y cargar de nuevo con arreglo á la pesada tactica de aquel tiempo, el marqués aprovechándose de ello gritó:

«¡Arriba mis leones! ¡Santiago y España! ¡á ellos! ¡á ellos, que huyen!»

Alzaronse los españoles y rompieron el fuego, tan sostenido y certero que parecian ser seis mil, cuando solo eran seiscientos.

Los enemigos no pudieron avanzar de donde estaban, ni un solo paso y caian por su misma multitud tan espesos, que las picas cayendo unas sobre otras parecian un cañaveral derribado por el viento: en diez minutos no quedó en pié ni un solo coselete de la vanguardia enemiga, y se encontraron despues franceses muertos con cinco arcabuzazos en el coselete; tan espeso y continuo habia sido el fuego de los españoles: tan segura su puntería, pues cada uno de aquellos tiros era mortal.

Huyeron los infantes franceses tomando de través el campo, y pensando salvarse por la izquierda, dieron con los escuadrones de infantería del capitan Quesada, que habiendo socorrido ya á los hombres de armas españoles, acabó de dispersar á la infantería francesa.

XXV.

Francisco I hizo un supremo esfuerzo: reunió los esguízaros, y fué con ellos á atacar á la infantería española: pero al pasar por delante del escuadron de infantería alemana, salieron los arcabuceros españoles que el coronel Micer Jorge habia recogido, y á su sola vista huyeron los esguízaros, por lo que decia despues el rey Francisco: «*que no le habian vencido sino los arcabuceros españoles, que donde quiera que habia ido los habia hallado.*»

En fuga ya los esguízaros, les salió al encuentro una banda de arcabuceros, que habian llegado desbandados á la artillería francesa y la habian tomado, y acudian á socorrer á sus compañeros á quien habian visto amenazados poco antes por aquella multitud que ya entonces huia; esto fue lo postrero de la batalla: los franceses de todas armas huyeron hácia el Tesino para salvarse.

Solo quedaban combates parciales, en grupos, en detalles.

XXVI.

Entre tanto Antonio de Leiva, que poco antes se encontraba sitiado, enfermo en Pavía, desde una de cuyas puertas, sentado en una silla, habia presenciado la batalla, habia entretenido para que no pudiese tomar parte en ella, con mil soldados españoles y alemanes, á un cuerpo de diez mil franceses que habian quedado manteniendo el sitio.

XXVII.

Francisco I se quedó solo.

Su brillante ejército, disperso en pocas horas, huia á su vista en todas direcciones.

El rey de Francia huia tambien á todo el correr de su caballo hácia el puente del Tesino.

De improviso repara en él un hombre de armas de la compañía de don Bernardino de Mendoza; pone espuelas á su caballo y se lanza en seguimiento del rey.

Pero el rey le llevaba una gran delantera.

Se escapaba.

El hombre de armas que le perseguia, el vizcaino Juan de Urbeita el Mellado, desespera de alcanzarle: de repente ve pasar á un arcabucero de los que andaban desbandados matando franceses á discrecion.

«¡Espera! le dice: aquel caballero que huye, que se *acerca al rio, es el rey de Francia*: yo no puedo alcanzarle: que le alcance tu arcabuz.»

El arcabucero, mira, apunta, hace fuego, el caballo del rey se detiene un momento, despues, vacila y cae.

Francisco I queda sujeto por una pierna bajo su caballo.

Juan de Urbieta llega, hecha pié á tierra, pone la punta de su espada en el rostro del rey:

—«¡La vida! ¡la vida! ¡yo soy el rey de Francia! esclamó Francisco I en mal castellano.

—¡Rendios! esclama sin retirar la punta de su estoque, Juan de Urbieta.

—¡Me rindo al emperador! contestó el rey.»

En aquel momento por uno de esos postreros accidentes de las batallas, ve Juan de Urbieta, que algunos gendarmes franceses cercan al alférez de su compañía, y pretenden quitarle el estandarte.

Juan de Urbieta necesita socorrer á su alférez.

El rey de Francia no puede ya escapar porque han sobrevenido, y le cercan el arcabucero que mató su caballo y algunos otros.

Entonces Juan de Urbieta se levantó la visera y enseñó su dentadura mellada á Francisco I.

—Hacedme una merced, dijo al rey de Francia.

—Te la otorgo, respondió Francisco I.

—Por esta mella podreis reconocer siempre al que os ha rendido.

—Te reconoceré á fe de caballero:

Juan de Urbieta montó á caballo y libró de los gendarmes el estandarte de su compañía.

El arcabucero que habia muerto el caballo del rey, y que se llamaba Diego de Avila, pidió á Francisco I, y este le dió, la manopla derecha que estaba harto ensangrentada y su espada, que hemos tenido en la Armería Real, hasta que se la llevaron otros franceses.

XXVIII.

Francisco I no quiso entregarse al duque de Borbon, pero se entregó al virey de Nápoles, Lanoy.

Poco tiempo despues fue traido á Madrid, donde estuvo encerrado algunos dias en la torre de los Lujanes, hasta que fue trasladado á una torre del alcázar.

XXIX.

Tal es el glorioso recuerdo unido á esa vieja casa que hoy se derrumba.

Pero la torre conservará enhiesto su fuerte muro, aunque cubierto con un sudario de cal, y coronado por un tejado prosáico.

¿Por qué no se restaura esa torre? ¿Por qué el arte no la devuelve su antiguo aspecto, sus almenas, sus saeteras, sus estrechas ventanas árabes?

¿Por qué no se clava en su muro una lápida con una inscripcion, que cuente á todo el mundo nuestra hazaña de Pavía?

Deseamos que el que pueda hacerlo, piense en ello, y nos devuelva un monumento, que si por fortuna no ha sido destruido, no ha podido escapar de ser desfigurado (1).

Manuel Fernandez y Gonzalez.

22 junio, 1860.

NACIMIENTO DE FELIPE II.

Alegre y engalanada multitud se agrupaba en la corredera de San Pablo de Valladolid, y en la ancha plazuela, que delante del antiguo convento dedicado al Apostol se estiende, el dia 22 de mayo del año de gracia 1527. Las colgaduras de las ventanas, el estampido de las bombardas, el repetido tronar de cohetes y voladores, el repique de las campanas en los cristianos templos, el incesante bullicio y los gritos de alegría de la multitud que con harta frecuencia se estrechaba codeando para dejar paso á los coches de los magnates y á las sillas de manos de los hidalgos, bien claro indicaban que algun importante acontecimiento habia tenido lugar en la régia morada.

Y en efecto: poco mas de un año hacia que el emperador Cárlos V, accediendo á las repetidas instancias del reino junto en córtes, habia celebrado su matrimonio en la ciudad de Sevilla el 10 de marzo de 1526 con la infanta doña Isabel, hija de don Manuel y doña María, reyes de Portugal, cuando el dia 21 del citado mayo aseguraba la sucesion á la corona de los vastos dominios españoles, el nacimiento de un príncipe.—El carácter del futuro soberano, aquel asombroso dominio que siempre tuvo sobre sí mismo, parece se lo inculcó su augusta madre al nacer, si no miente la tradiccion al referir las palabras que pronunció esta señora en los momentos del parto. Como este fuera muy difícil, y la régia paciente estuviera sufriendo crueles dolores, la matrona que la asistia viendo el silencio y la impasibilidad de doña Isabel, la escitó á que desahogara su dolor prorumpiendo en quejas; pero la digna esposa de Cárlos I contestóle con admirable resolucion en el idioma de su país, «naon me faleis tal, minha comadre, que eu morrerei mais naou gritarei.»

Ya desde las primeras horas del dia 21 habia cundido la fausta nueva por toda la ciudad de Valladolid, residencia ordinaria, en aquella época, de la córte, y el católico emperador habia pasado á la inmediata iglesia del convento de San Pablo á dar gracias al Hacedor Supremo por el beneficio que le habia concedido.

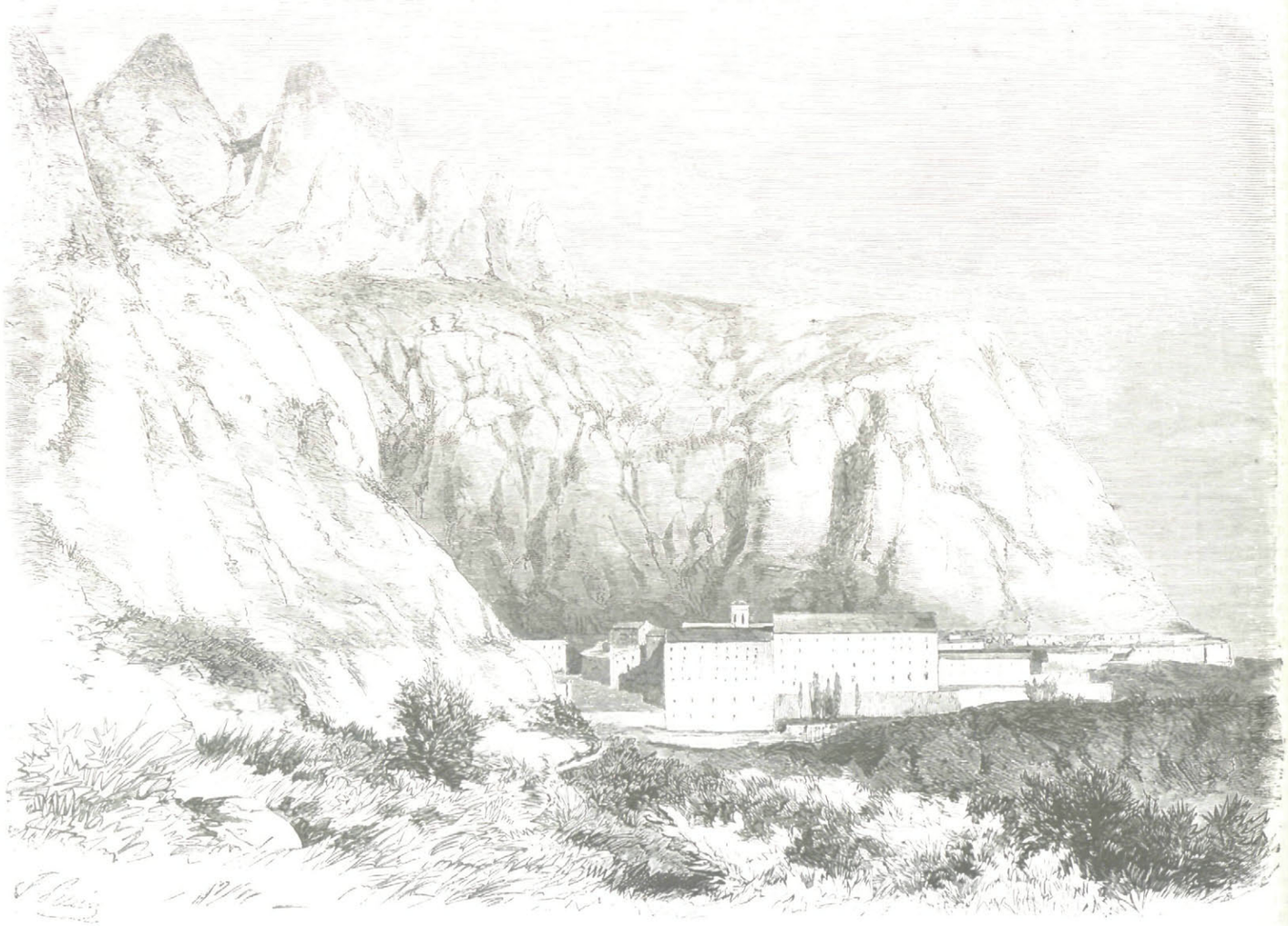
Habia de trascurrir cerca de un siglo todavía para que Felipe III comprase al duque de Lerma unas antiguas casas, que este tenia en la misma plazuela de San Pablo, y para que edificase en su lugar el palacio que hoy subsiste como propiedad del real patrimonio; y la au-

(1) Despues de concluido este artículo, se nos ha dicho, que el conde de Oñate, propietario de la casa y de la torre, no puede hacer nada en ella, porque existe una real órden, que considerando este edificio monumento nacional, prohibe que se haga nada en él: elogiamos con placer esta disposicion, que prueba que el gobierno se acuerda de nuestras glorias: pero elogiaríamos mucho mas la ley que decretase la espropiacion de este edificio por el Estado, y su inmediata restauracion.

gusta familia habitaba en las casas del conde de Rivadavia, uno de los mas distinguidos magnates de la córte de Castilla. Grandes preparativos hacíanse para la solemne ceremonia del bautismo del príncipe imperial, el citado dia 22 de mayo que siguió al de su nacimiento, y al efecto para evitar que la muchedumbre, que cada vez iba en aumento, obstruyese el paso á la real comitiva, levantóse un pasadizo desde la escalera principal del palacio, que cruzando una de las rejas bajas del edificio, conducia á la iglesia de San Pablo, prolongándose hasta el altar mayor. Entrelazadas ramas de naranjos y limoneros, tejidas con flores y frutas, cubrian en forma de bóveda la galería, y levantábanse arcos triunfales á sus estremos, y preciosos retablos á los lados con veneradas imágenes.

Casi á punto estaba todo para la solemne ceremonia, cuando atravesando á galope por entre la compacta multitud un correo cubierto de polvo, apeóse á la puerta de palacio. Muchos y muy diversos comentarios se hicieron acerca de aquel acontecimiento y hasta á olvidarlo empezaban ya los vallisoletanos, absorbida su atencion con el curioso deseo de ver la ceremonia bautismal, cuando la mas viva sorpresa pintóse de repente en todos los semblantes al saberse la inesperada nueva de que la fiesta se suspendia.—Como acontece siempre formáronse multitud de conjeturas acerca de la causa que tal determinacion motivara, y probablemente la mayoría de la gente del pueblo lo hubiese ignorado aun algunos dias, si un oficioso escudero, que salió de palacio con direccion á la vecina iglesia, no hubiese dicho dirigiéndose á un grupo, en el que parecian hallarse sus deudos y parientes.

¡Buena desgracia tenemos! El condestable duque de



MONSERRAT. — VISTA DEL CONVENTO.

Borbon, general de las tropas imperiales en Italia ha asaltado la capital del orbe cristiano y ha hecho prisionero al papa Clemente VII en el castillo de Sant Angelo. Ya veis cuán grande habrá sido el pesar de nuestro católico emperador por el punible esceso del Condestable. El bautismo se ha suspendido, y en breve saldrán cartas para todos los prelados del reino, á fin de que se hagan rogativas en todo él, para pedir al cielo conceda la libertad al santo padre.

Las noticias del cortesano no eran inexactas. Cárlos I con una política á que en el lenguaje de hoy llamaríamos trasparente, mandó hacer rogativas para que el pontífice alcanzara la libertad, que, segun la exacta frase del señor Sangrador, «estaba en su mano conceder.»

Pero no fueron vanas las católicas disposiciones del emperador. Las ordenadas rogativas casi antes de haberse verificado hubiera de producir su efecto, pues en breve remitieronse cartas á Roma para la libertad del papa, y mandáronse continuar los preparativos de la ceremonia bautismal, cuya celebracion fijóse para el dia 3 de julio. La improvisada galería de comunicacion entre el palacio y el convento, volvióse á adornar con ramos y con flores, alzáronse nuevos arcos de triunfo, levantáronse mas vistosos altares, las casas se adornaron con mayor ostentacion, y la multitud acudió en tropel, viniendo hasta de las mas apartadas regiones de nuestra Península.

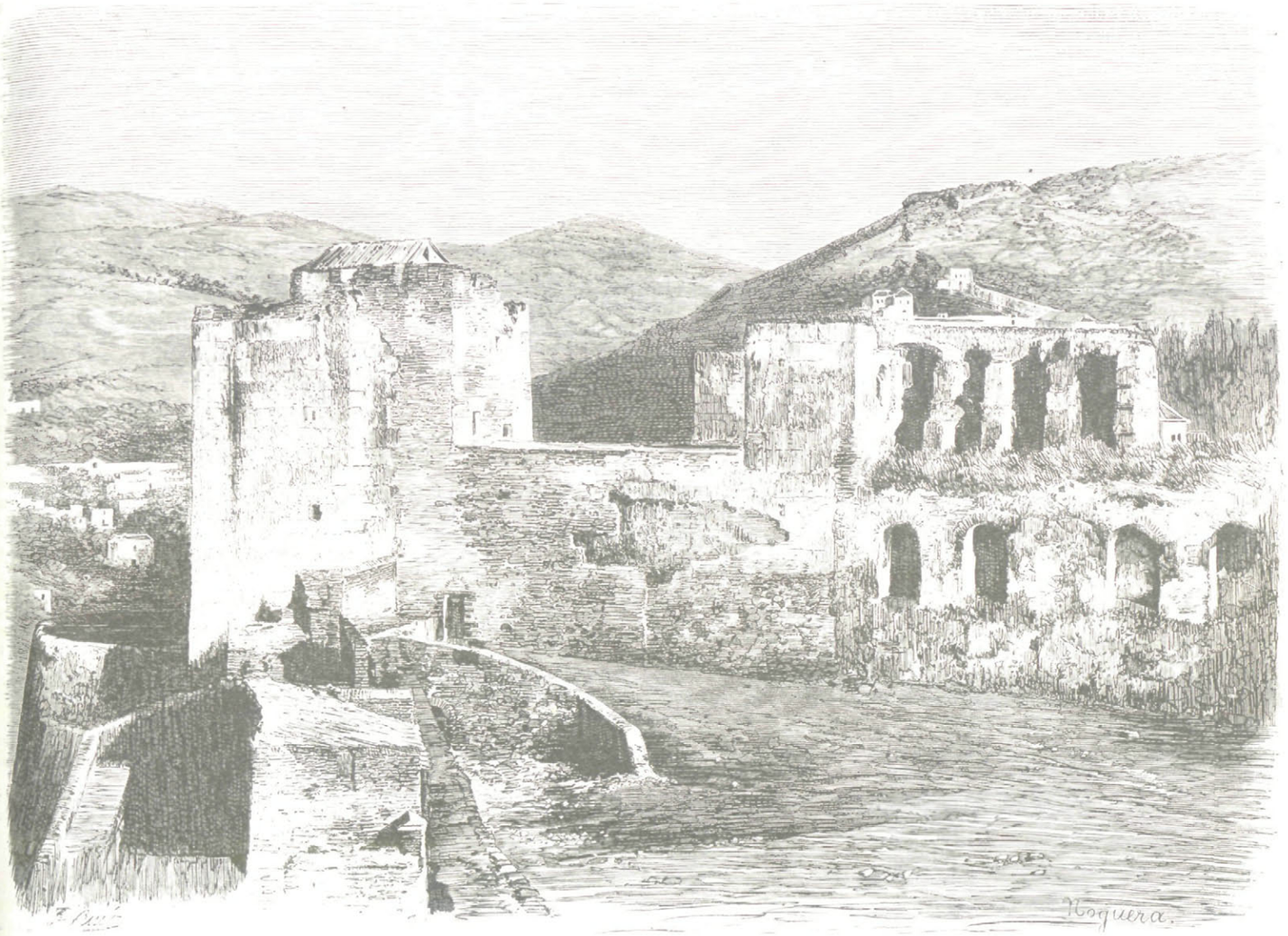
El repique de las campanas y las notas de la real capilla que elevaban bajo las bóvedas de San Pablo el himno solemne del *Te Deum*, anunciaron la salida de la real comitiva. Iba en brazos el príncipe del Condestable de Castilla que compartió su honorífico encargo con el duque de Alba que á su lado marchaba para alternar con él en tan honrosa distincion. Seguíanles el conde de Salinas llevando las fuentes, el de Haro con el salero, el marqués de Villafranca con la vela, y el de los Velez con el alba. La reina de Francia doña Leonor y el conde de Nasau, padrinos del recien nacido cerraban la lujosa comitiva con el duque de Bejar, detrás de los cuales marchaban deslumbrantes de lujo y esplendor multitud de damas y caballeros así españoles como alemanes y franceses.

ESPADA GANADA Á FRANCISCO I REY DE FRANCIA, EN LA BATALLA DE PAVÍA.

Bien pronto los cánticos de gloria de la música sagrada dejaron comprender á la entusiasta multitud que el príncipe acababa de recibir el bautismo de manos del arzobispo de Toledo, á quien acompañaban vestidos de pontifical los obispos de Palencia y Osma, llevando desde aquel dia el augusto recien nacido en recuerdo de su abuelo paterno el nombre de Felipe.—Las solemnes fiestas que Valladolid tenia dispuestas por el anhelado nacimiento, empezaron apenas regresó la comitiva real á palacio. Vistosas comparsas danzando al son del tamboril y la dulzaina recorrian las calles, abundantes limosnas recibian los mendigos, altas cucañas levantándose en las plazas, en anchos tablados aplaudian los menestrales las varias escenas del naciente arte de Lope de Rueda, y todo era animacion, todo alegría.

Pero cuando rayó en frenesí el entusiasmo de los vallisoletanos fue el siguiente dia 6, en cuya tarde corriéronse toros y cañas en la Plaza Mayor con asistencia de la reina de Francia y de la córte toda; fiestas en que lució su varonil apostura y nunca donado valor el afortunado padre del futuro Felipe II.

Largo tiempo duraron estas fiestas, cuya terminacion esperaban los primeros teólogos de España para celebrar la memorable junta, que al fin empezó sus sesiones el 27 de junio, con objeto de calificar varias proposiciones de las obras de Erasmo.—Todo cuanto rodeó la



ALHAMBRA DE GRANADA.—TORRES Y ADARVES ARRUINADOS DE LA PUERTA DE HIERRO.

CASA EN QUE NACIÓ FELIPE II, EN VALLADOLID.

aurora de Felipe II estaba en armonía con el carácter que había de desplegar al ceñir la vasta corona del emperador.

Las casas en que nació el *prudente* rey, subsisten por ventura, aunque ofreciendo poco de notable bajo el aspecto del arte. Conservadas con esmero por su actual propietario el Excmo. señor don Mariano Reinoso, que algun dia mereció ser llamado á los consejos de la Corona por nuestra reina, conservan su estenso patio, sus dilatadas habitaciones, aunque renovadas en su mayor parte, y una ventana con buenos adornos de la época del renacimiento en el mismo ángulo que forma el lienzo de la casa que mira á la Corredera y el que da su frente á la plazuela de Palacio. No es sin embargo aquella la histórica ventana que convertida en puerta, dió paso á la real comitiva para el bautismo del príncipe don Felipe: lo es sí una de las rejas que se hallan en el lado de la plazuela, cuyas dos hojas aun se ven entrelazadas por medio de una gruesa cadena. El grabado que acompañamos á este número presenta el monumental edificio en el buen estado que se conserva gracias al esmero de su actual poseedor, que quiera Dios continuen dignamente los que le sucedan en la posesion de tan histórico edificio.

ADAR.

LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

IX.

Dejemos la plazuela de San Nicolás.

Subamos á aquel monte rojo que domina á Generalife y á la Alhambra y que constituye el último término de la perspectiva por nuestra izquierda.

A la *Silla del Moro*.

Volvamos; atravesemos la plazuela de San Nicolás, pasemos entre su torre y su algibe; adelantemos.

Sucesivamente pasaremos por la Puerta Nueva, bella ruina de la *Alcazaba Vieja*, la plaza *Larga*, corazon del *Albaicin*, la calle de *Panaderos*, la plazuela del *Salvador*, dejando á nuestra derecha la iglesia del mismo nombre, la antigua mezquita mayor ó *Grante Aljama*, con su patio y su fuente de ablucion y sus arcos de herradura; descenderemos por la cuesta del *Chapiz*, llegaremos al rio *Darro*, le pasaremos por el puente del *Diablo*, y torciendo por la derecha del paseo de las *Cornetas*, bajaremos por una estrecha cuesta á la márgen izquierda del rio.

Desde aquí veremos, mas altos que nosotros, una cuesta que asciende, el principio de la áspera cuesta de la Alhambra; á la izquierda de ella un barranco: atravesando este barranco un acueducto de arcos de fábrica rojiza y sumamente esbelta, en los que se apoya un pequeño y pintoresco molino harinero: frente á este, á la derecha de la cuesta hay otro molino: á la derecha y á la izquierda cármenes sombrosos: un arroyo claro y ruidoso pasa por el fondo del barranco, bajo los arcos del acueducto, regando diminutos huertos á los que hacen sombra las cortaduras revestidas de hiedra que caen á largos festones de un lado y otro del barranco.

Tras el acueducto, por entre sus arcos, se ve una cortadura, entapizada tambien de verdor sobre la cual, al pie de la tapia y del postigo del que se llama *Bosque de la Alhambra*, asciende la cuesta de este mismo nombre.

Miremos por cima de esta tapia.

Veremos á la Alhambra á vista de topo en detalle: en cambio muy pronto la veremos á vista de pájaro en toda su estension.

Sobre la tapia se levanta un áspero lado de la colina, cubierto de álamos frondosos, sobre los árboles, la torre de Comares, el Mirador de la Sultana, una torre sin nombre, que pertenece al que dentro de la Alhambra se llama Cármen de Teruel, y por último, unos verdes lienzos de muralla.

Este detalle de la Alhambra, visto desde el lugar que hemos indicado, con su barranco sombroso, su claro arroyo, su acueducto, sus molinos, su cuesta tortuosa, su tapia, sus árboles y sus torres, es completamente encantador: es la sorpresa de un paisajista, la alegría de un poeta: allí hay recuerdos, flores, verdura, sombra, ambiente fresco, puro, odorífero: contrastes: una composicion hecha por la naturaleza y por el acaso, que bien copiada produciria un cuadro bellísimo.

Pero de tiempo en tiempo con suma frecuencia, por las mañanas temprano y á la caida de la tarde, aquel bello lugar toma de repente un aspecto siniestro, producido por un grupo lúgubre, que trepa en paso sostenido y á compás por la Cuesta de la Alhambra.

Aquel grupo le componen un ataud de las *Animas* en que va el miserable cadáver de un pobre, en hombros de cuatro sepultureros harapientos, sin que una sola persona acompañe al difunto.

Los entierros ostentosos, van por la calle de los Gomeres.

Los de los pobres, por las solitarias y ásperas quebraduras del barranco de la Alhambra.

(1) Véase el núm. 25.

Porque este barranco, si bien es el camino de dos lugares de placer, la Alhambra y Generalife, es tambien el camino de los pobres para el cementerio.

X.

Subamos, pasemos por entre los dos pequeños y ruidosos molinos.

Muy pronto, torciendo á la izquierda, los veremos á nuestros piés, y al acueducto y al rio, y al paseo de la *Carrera del Darro*.

Mas alto que nosotros veremos el Albaicin en último término.

Adelante y á la derecha.

Nada se ve ya, mas que la cortadura del barranco, cubierta en sus retallos de higueras chumbas, una tapia alta y vieja á la izquierda, y delante el pendientísimo y arenoso fondo del barranco.

En la parte media de la subida debemos detenernos.

La Alhambra vuelve á presentársenos en detalle.

La pendiente ha dejado de ser áspera.

Volviendo el rostro al lugar por donde hemos llegado allí, veremos un muro alto, negro, restaurado, en el cual quedan señales de edificios, sin duda torres, ó tal vez adarves que debieron estar unidos á él y que han desaparecido: cerca de nosotros, mas allá de una ligera prominencia del terreno cubierto de césped húmedo de color de esmeralda, formando un ángulo recto con el muro alto, veremos asomar el arco rebajado de la pequeña *Puerta de Hierro* con su marco de piedra berroqueña amarillenta y carcomida, moldeado segun el gusto gótico, en maridaje con el Renacimiento: sobre la clave se ve la empresa de los Reyes Católicos: esto es, un yugo y un haz de flechas con la leyenda: *Tanto monta*: en las dos hojas chapeadas de hierro de este postigo, se ven numerosos agujeros causados por balas de falconete, mosquete y arcabuz, que deben pertenecer á la fecha de las guerras civiles de Granada antes de la conquista.

Corre el bajo muro de esta puerta, tan bajo que no tiene mas altura que la de una tapia hasta un ángulo en que á la misma altura de la tapia, se levantó una defensa acasamatada, y las torres y adarves arruinados de la Puerta de Hierro.

Por cima de la puerta y de la casamata y á cien pasos de distancia, se levanta, formando ángulo recto con el alto muro de la izquierda, la esbelta, la bellísima, la fuerte torre de los *Picos*, que perdido su nombre árabe, se llama sin duda así, por sus puntiagudas almenas reales; con su elegante ajimez tapiado y sus tres bellísimos canalones en cada ángulo.

Esta torre es un testimonio de la resistencia incalculable de las antiguas murallas de la Alhambra, compuestas únicamente de argamasa, de tierra y cal.

En el frente de la torre que corresponde casi paralelamente á la Silla del Moro, se ven las señales apenas marcadas de balas de á treinta á seis: pues bien; aquellos proyectiles que chocaban contra la torre con toda su fuerza, apenas han podido desconcharla, dejar allí su huella: algunas de las señales están marcadas á un pié de distancia de las aristas y sin embargo las aristas han resistido, cuando el mármol cede y deja marcado el paso de la bala.

Las baterías francesas de la Silla del Moro fueron impotentes contra la vieja fortaleza: entonces los ilustrados soldados del gran capitan moderno apelaron á la mina, á las voladuras.

No querian que España, el país al que decian traer una mision civilizadora, poseyese una joya tal como la Alhambra.

Pronto, muy pronto encontraremos sobre nuestro camino el testimonio indudable de la barbarie de aquellos vencedores del mundo.

XI.

A la derecha del lugar en que nos encontramos, apoyada en una ladera, hay una rústica casilla que sirve de puesto á un individuo del resguardo, y un poco mas arriba, el camino que conduce á Generalife.

Sigamos de nuevo nuestro ascenso.

Al pié de la colina de Generalife, á la izquierda, bajo las ramas de los árboles de una huerta, serpea un estrecho camino: á la derecha de él corre un arroyo; despues hay en la umbría que producen los muros y torres de la Alhambra, á cuyo pié marchamos, un terreno cubierto de césped, y accidentado por prominencias angulares.

Aquellas prominencias, cubiertas de musgo verde gris, las constituyen colosales fragmentos de muralla.

Acercaos á esos fragmentos.

Encontrareis en ellos los barrenos partidos; los barrenos que las volaron.

Mirad el muro que está en pié.

No es ya el antiguo é inespugnable muro árabe, sino un muro débil de piedra y tierra, que ha cubierto el lugar de las brechas que dejaron abiertas las minas francesas.

Esas murallas yaciendo por tierra, esas pobres restauraciones, esas torres rajadas que se levantan ante nosotros, son los vestigios de que os he hablado, y que enaltecen la civilizacion de los que nos hicieron la guerra, á título de regeneradores.

Esa primera torre maltratada y desalmenada que encontramos, es la torre de la *Cautiva*, dentro de la cual duerme una tradicion bellísima: la de mas allá es la del *Tesoro*; la otra la de las *Infantas*; por último, al volver un ángulo del barranco, vemos los vestigios de una torre, las señales de sus escaleras únicamente: aquella torre, que se llamaba del *Agua*, á causa sin duda de su inmediacion á un acueducto de piedra de un solo arco, que da paso desde la huerta de Generalife, al agua que surte á la Alhambra, la torre del *Agua* decimos, era, segun afirman los viejos que la conocieron íntegra, la mayor, la mas hermosa del recinto de la Alhambra: volada tambien por los franceses, ni aun sus escombros quedan

En su rota adherencia con los muros, debia existir para honra del primer imperio francés, una lápida con la historia de la destruccion de la torre.

XII.

Cuentan que los franceses al evacuar á Granada, habian minado completamente la Alhambra, y que un viejo inválido, tuvo valor bastante para cortar los efectos de la mina, reduciéndose las voladuras á los muros de la parte alta de la Alhambra: pero quedan torres en pié, entre uno y otro lugar donde se ven efectos de esplosiones, y es mas acertado creer que los mismos franceses, asustados ó avergonzados de lo que hacian, tuvieron compasion del monumento y no continuaron su obra de destruccion.

XIII.

Torciendo á la derecha, pasando bajo el arco del acueducto, adelantando cien pasos, nos encontramos fuera del callejon formado por la cortadura del barranco y los muros de la Alhambra.

A nuestra derecha vemos prolongarse un paseo, que desciende en suave declive con sencillos jardines, acotados pur una valla de sauces, recortados á dos tercios de metro de altura, y plantados de hermosos álamos que cruzan sus ramas sobre el paseo, formando sobre él una sombrosa bóveda de follaje.

Siguiendo la línea de este sencillísimo y bello paseo, se prolonga mirando al Mediodía el lado de la Alhambra paralelo al barranco por donde hemos venido.

No es nuestro camino ese paseo.

Sigamos.

Hemos dejado á la izquierda la puerta de la huerta del Generalife, y vamos á seguir á lo largo de su vallado de sauces, teniendo á la derecha la deprimida colina de las *Barreras*.

A unos cuatrocientos pasos, seguiremos á la derecha este mismo vallado dejando al fin de marchar por el camino del *Haza de la Escaramuza*, ó si quereis mejor, el camino de los muertos que hemos traido desde el puente del Diablo; el camino del Cementerio.

El terreno sube.

A nuestro frente, á un tiro de fusil veremos abrirse el pequeño barranco que separa la Silla del Moro, del *Cerro del Sol*: nosotros no tenemos que pasar por ese barranco, camino de los leñadores de *Dar-al-Huet* (1); doblaremos nuestra marcha á la izquierda, entre la huerta de Generalife y la falda de la Silla del Moro.

A la mitad de este camino antes de llegar á la vertiente occidental del monte, encontraremos un gran receptáculo cuadrado, un estanque en que permanecen durante un año las aguas lloviedizas, que se llama el *Albercon del Negro*.

Quedan en él, un arco cegado, dos trozos de muralla cortados en la direccion del acceso del monte y un pequeño terraplen.

Aquel estanque que se dice fue baño de las mujeres del rey moro, debió estar cubierto, y pertenecer á edificios de que ya no quedan vestigios.

Continuando se llega á la estremidad occidental del monte, á una pequeña era, y se encuentran fragmentos de murallas arrojadas, como desquiciadas desde la altura.

Se sube por el áspero repecho, se llega á un resto de cimiento de muro, y se pisa en fin la planicie del monte.

Este cimiento, un ángulo de torre, el algibe llamado de la *Lluvia*, los restos de una noria, y una estensa neumaquia, son los únicos vestigios que quedan en la Silla del Moro, y en el Cerro del Sol, de aquel palacio de los *Alijares* tan ponderado por la tradicion, del cual nadie tiene memoria, y del que dijo un romance morisco:

> . . . . . los Alijares,
> altos son y relucian;
> el moro que los labraba
> cien doblas ganaba al dia,
> y el dia que no los labra
> otras tantas se perdia.

Y allí, allí otra vez, sobre la cumbre de aquel monte, el irritante recuerdo de la invasion francesa: allí el camino cubierto, la esplanada, los fosos, las baterías, los cuarteles abiertos en la tierra, del ejército francés; allí todavía, por incuria ó por desden, la huella del odiado estranjero.

(1) En árabe, casa del rio; hoy ese lugarejo se llama Casa-gallinas.

XIV.

Mi imaginacion va con mucha frecuencia á la cumbre de aquel monte, pero seria para mi muy doloroso, el encontrarme realmente en él.

No sé, no sé, si iré alguna vez allí donde he ido tantas veces cuando era niño.

Todo cuanto yo amo, todo cuanto he amado, todo cuanto he perdido, se me presentaria allí, mudo, doloroso, terrible: la patria, el hogar, la familia.

Bajo mi planta, aquel campo atrincherado francés, recordándome la sangre y las lágrimas de nuestra gloriosa guerra de Independencia; á la izquierda, blanca, gigantesca, hermosísima, la Sierra Nevada, en que he fijado un millon de veces desde mi infancia la mirada abstraida en no sé qué sueños, en no sé qué presentimientos.

Mas abajo, mucho mas allá, á tiro de fusil, el rojizo fondo del valle de la Haza de la Escaramuza, triste y árido, del que yo digo en un romance inédito.

Hay un valle pedregoso
escondido entre dos cerros,
donde nunca brotan flores
y por do jamás corrieron
mas que los turbios raudales
de las lluvias del invierno.
Nunca allí la alegre danza
do gira campestre, al eco
dió la sencilla armonía
del dulce canto del pueblo
que guarda del triste moro
el corazon y el acento:
ni allí el cantor de los bosques
turbó el nocturno silencio
á las auras entregando
su enamorado gorgeo.
. . . . . .
Bien comprendió la tristeza
quien puso allí un cementerio
de negra tapia cercado,
de negras cruces cubierto.
. . . . . .
La puerta de mi Granada
es ya para mí el siniestro
pedregoso triste valle
en donde duermen los muertos;
que allí á mi madre del alma
sumida en el sueño denso
de la eternidad sombría
convertida en polvo tengo.

Y allí tambien recientemente mi padre, allí mis amigos de la juventud, allí la primera mujer que me hizo sentir esa fiebre del alma que se llama amor.

A mis piés, Generalife, el de las pasadas zambras, el de los eternos laureles, el de las leyendas de amores, con su altísimo *Ciprés de la sultana*, con sus cascadas, con sus fuentes, con sus verdes galerías, con sus aposentos labrados, con sus frescos bosquecillos, donde he *dormido* tantas calorosas siestas de verano.

Mas abajo la Alhambra á vista de pájaro, con sus torres, sus muros y sus jardines: la Alhambra que tanto me conoce, á quien tanto conozco yo.

Despues la ciudad, descendiendo en anfiteatro, donde están la calle y el hogar donde he vivido, donde mis padres han muerto; el templo donde he orado; el altar donde me he unido á una dulce compañera; el aula donde he estudiado, y el teatro donde se ha representado mi primer drama.

Mas allá la deliciosa *Vega*, con sus mil colores, con sus mil encantos, con sus blancas aldeas, con su azul barrera de montañas.

A la derecha el valle del Darro, con sus cármenes deliciosos; por cima el Albaicin, por entre cuyas estrechas callejas me perdia yo, embozado en mi capa, durante las nubladas tardes de invierno, buscando lo pasado, lo romanceseo, lo embellecido por la imaginacion y por el tiempo.

Un tesoro en fin de recuerdos, de sensaciones, de amores muertos, de esperanzas desvanecidas, de ambiciones realizadas.

La novela de mi vida (como hoy se dice) saltando para mí de todas partes: del castillo, de la calle, del templo, del cementerio, de la vega, de las montañas.

Todo un mundo en fin, en el cual me encontraria forastero; donde veria mi hogar ocupado por otra familia, y tal vez en almoneda el lecho de muerte de mis padres.

Un lugar en donde nadie me conoceria, nadie mas que la Alhambra y algunos amigos tan tristes y tan desgraciados como yo, que vegetan entre jardines.

XV.

Perdonadme la pasada digresion.

Es la primera vez que al hablar al público le hablo de mí mismo.

Pero al ocuparme para el público de la Alhambra he recordado mucho, he sentido mucho y no he podido hacerme fuerte contra una dolorosa necesidad de espansion.

Y luego: los asíduos lectores de un escritor ¿no son hasta cierto punto sus amigos?

Perdonadme, pues, y en el número siguiente volveremos á ocuparnos de la Alhambra.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

UNA REALIDAD EN UN SUEÑO.

—¿Y qué resultó de vuestra segunda entrevista?

—¿Que habia de resultar? ¿No lo adivinas?

—No.

—Me enamoré de ella perdidamente. Voy á describirte *p* por *p* y *a* por *a* todas sus perfecciones para que despues me digas con franqueza qué hubiera hecho, hallándose en mi lugar, el hombre mas indiferente á los encantos del amor.

Era Catalina de treinta años de edad, estatura regular, cintura delicada, esbelta y airosa; su boca de piñon, sus labios de grana, su dentadura menuda, blanquísima y simétrica; el color de sus mejillas el de una rosa que principia á abrirse; su cútis suave y trasparente, los cabellos rubios como el oro; los ojos azules y penetrantes. Tenia, ademas, esos modales elegantes, ese *no sé qué* seductor de las madrileñas que atrae y arrebata.

Amable, sin afectacion ni melindres, con todos los que la trataban; virtuosa sin hipocresía, y dotada de un talento y de una discrecion notables, así cautivaba con estas dotes como con sus atractivos físicos. Pero no era solamente lo dicho lo que la distinguia de mil otras personas de su sexo: poseia, ademas del castellano, el francés, el aleman y el italiano; montaba á caballo como una amazona, y tiraba el florete como un consumado maestro de esgrima, sin contar con que en las labores y habilidades propias de su sexo me referian de ella prodigios.

Yo estaba que no cabia en mí de orgullo, considerándome dueño de un tesoro de tal valía, y mi orgullo era tanto mas *fundado cuanto que Catalina habia despreciado* anteriormente, segun ella, cien ventajosísimas colocaciones. En fin, amigo, el amor me pescó, me cogió en sus redes, me traspasó el corazon con su mas aguda flecha, y aunque enemigo acérrimo del matrimonio... en las conversaciones de café, al mes de relaciones con ella tuve que capitular y entregarme á discrecion.

Me casé, pues, amigo, sin acordarme de mis antiguas ideas. Muchas personas acudieron por la noche al baile y concierto con que las obsequiamos. ¡Soberbia orquesta! ¡qué cantar de señoritas! ¡Ni los ruiseñores! ¡qué de polkas y redowas! No se bailan mas en Capellanes por carnaval. ¿Pues que diré de los dulces y los helados que se consumieron? ¡No parecia sino que aquellas benditas gentes no se habian desayunado en un mes!

Acabose la funcion, fueronse los convidados, y nos quedamos solos Catalina y yo, como dos tortolitos, piropeándonos mútuamente:

. . . . . .

Por la mañana, á cosa de las once, abrí los ojos y no pude menos de gritar de repente, echándome fuera de la cama casi desnudo:

—¡Catalina! ¡Catalina!

Al oir mis descompasadas voces, levantóse lentamente de la cama un bulto, una especie de esqueleto que luego se fué acercando con cierta gravedad á mí, llamándome con voz gangosa y repitiendo:

—¿Qué me quieres, hijo mio?

Quedéme estupefacto, medio alelado al contemplar la vision que delante de mí estaba y que me amenazaba con sus caricias de espectro.

Era la vision una momia como de cincuenta años, arrugada como una pasa, con los carrillos chupados, desdentada, calva, tuerta, algo corcobada, escurrida, ojerosa y nauseabunda.

Los magníficos muebles de la noche anterior habian desaparecido, quedando en su lugar únicamente una mesa vieja de pino, un velon de hoja de lata abollado, seis sillas de Vitoria casi inservibles, la historia del *Hijo pródigo*, pintarrajeada con colores alarmantes, y unos fanales que contenian unas cuantas flores de mano, del tiempo, cuando menos, de la guerra de la Independencia.

Yo no me atrevia á dar crédito á mis sentidos; dudaba de todo lo que viendo estaba, y atribuíalo á un sueño que aun no habia abandonado mi imaginacion. Pero sueño ó realidad, me estremecia la vision aquella que, despues de un rato, vino á sentarse á mi lado, y me dijo:

—Queridito mio, hermoso de mi alma, soy tu Catalina, el ídolo de tu corazon, tu bella esposa. ¿No me conoces? ¡Ah! ¡ingrato!

Y estrechaba mis manos entre las suyas, heladas como si fuesen de carámbano, y sonoras como un manojo de descarnados huesos. Frecuentes escalofríos, que alternaban con sudores y llamaradas de calor al rostro, recorrian todo mi cuerpo, y mis piernas temblaban, y una especie de vértigo oscurecia mi vista.

La momia continuó sin alterarse.

Te figurarás que soy, cuando menos, alguna pobre bruja, alguna ánima del otro mundo, ó algun espectro que sale de su tumba vestido con los secos andrajos de su piel. No, ¡corazon mio! Soy Catalina, tu Catalina, aquella Catalina á quien tanto amabas y con quien tenias encatalinado á todo el mundo; soy el embeleso de tus ojos, la luz de tu vida, el faro, como decias, de tu destino.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla!—la dije.

—He querido—prosiguió—darte una leccioncita, á tí que en los corrillos de amigos despreciabas el matrimonio y te reias del poder del amor, á tí, apóstol de la Puerta del Sol, de la calle de la Montera, del Prado y del Suizo.

Despues de estas palabras sacó de debajo de la cama una caja de caoba, y abriéndola continuó, sonriéndose:

—Yo soy un alma sin cuerpo, porque mis huesos no son ni la sombra de un cuerpo. ¿Quieres ver donde está todo el lujo, toda la esplendidez, toda la soberbia de mi celebrada hermosura? Abriré esta caja. Mira: un ojo de cristal, porque soy tuerta; el color de la perfumería que daba frescura, suavidad y vida á mis carnes flojas y muertas; los dientes y las muelas que disimulaban el hundimiento de mis carrillos: ¡Oh! forman una pieza maestra, son casi una dentadura completa; aquí tienes la peluca que cubria este cráneo casi pelado como una calabaza; aquí el corsé preparado para ocultar, con todo este aparato de algodon en rama, las deformidades de mi tronco, y abultar el pecho, raso como una tabla. En fin, ahí tienes colgados los miriñaques con que abulto y redondeo mis caderas.

—¡Por fuerza estoy soñando! No puedo creer...

—¿Qué has de estar soñando, corderito? Creelo; esto, y no mas era tu encantadora Catalina, hermosura y juventud en apariencia, vejez y fealdad realmente, ángel anoche, y hoy demonio. ¡Mira que adornada está la habitacion!... ¡Qué cortinajes! ¡qué lecho tan suntuoso! ¡silleria régia! ¡Cuadros dignos de un Museo! Anoche, mientras dormias á pierna suelta, merced al opio que tomaste en una copa de Champagne, dos mujeres y yo despojamos la sala y la alcoba de los adornos que la enriquecian, y cuyo alquiler me habia costado buenos cuartos. ¡Me creias rica!... Sabe, pues, que no tengo ni un maravedí. ¡Me considerabas como mujer de talento! ¡Qué chasco, *hijo mio*! Es que he tenido una existencia borrascosa viéndome sola é independiente; he recorrido la Alemania, la Francia y la Italia, y mis viajes, y mi esperiencia me han enseñado mucho mas de lo que á otras suelen enseñarles los libros. Tú, que tanto declamabas contra mi sexo y contra el amor, y que te preciabas de conocer el mundo, llévate esta palmeta y aprende á conocerlo mejor. Muchas, muchísimas de las que ves y tratas en Madrid, son como yo, mentiras andando, y nada mas, píldoras amargas doradas estraordinariamente, *cándidas palomas al parecer, y en verdad aves de* rapiña.

—¡Mientes! ¡mientes! huiré de tí bruja maldita.

—¡Quiá! hasta que muera me tendrás á tu lado, pegadita á tí, como una garrapata, como una oblea, para eso me he casado contigo, para eso el cura nos echó la bendicion; comeremos juntos, saldremos juntos á paseo, juntos nos verán en el teatro, y en la calle, y en todas partes. ¡Qué vida tan alegre vamos á pasar!

¿Verdad que sí, ídolo mio?

Y esto diciendo aplicó sus arrugados y secos labios á mi frente; y al quererme yo retirar, para que la vision no me tocase otra vez, dí tan fuerte golpe con la cabeza en la pared de mi alcoba, que disperté, quejándome como si hubiera recibido un balazo. ¡Mira si el tal sueño ha sido agradable! Pero ¡qué demonio de vieja! Si me parece que todavía la estoy viendo!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS CABELLOS DE LUISA (1).

LEYENDA.

II.

CUADRO DE FAMILIA.

(CONTINUACION.)

Un domingo entró el guarda en su casa mas temprano que de costumbre: su hermana, planchaba á la sazon la camisa que le preparaba para aquel dia y el viejo Pablo, sentado en un sillon de brazos acariciaba al gigantesco perro, que corrió hácia el jóven, moviendo amistosamente la cola y bajando la cabeza.

Las mejillas de Luisa se tiñeron de púrpura: no esperaba á su hermano hasta dentro de tres ó cuatro horas y al ser sorprendida en aquella doméstica tarea, fue tan grande su turbacion, que se quemó la estremidad de un dedo con la plancha. El dolor la hizo estremecerse y sus mal prendidas trenzas, libertándose de la cinta que las aprisionaba, cayeron en desórden sobre sus espaldas, haciéndolas desaparecer bajo la lluvia de cabellos que las inundaron.

Entonces el representante de la raza canina, abandonó al recien venido y cerrando los ojos fué á hundir su hocico en las ondas de pelo que flotaban en torno de

(1) Por un olvido involuntario dejó de colocarse el encabezamiento de esta leyenda en el número anterior y se puso el epígrafe del artículo primero *Circunloquios ad hoc* como título.

EL SEGUNDO GOBERNADOR DE FEZ, PARLAMENTARIO DE MULEY-EL-ABBAS.

Luisa, acostumbrado, sin duda, á que le permitiesen jugar con los encantos de su dueña.

—Buenos dias, padre mio, esclamó Tomás abrazando á Pablo, sin advertir siquiera el daño que acababa de hacer.—Ola, Clavel, prosiguió, correspondiendo al saludo del mastin, que solo tuvo ahora por conveniente, abrir los ojos al través de las sedosas y lucientes hebras que envolvian su enorme cabeza—y tú, Luisa, siempre trabajando, añadió acercándose á su hermana, despues de haber depositado en manos de su padre, unas cuantas monedas de plata.

—¿Qué novedad es esta? preguntó la jóven dando el último toque á su faena y con cierto aire de afable reconvencion.—Si hoy no te hubieses adelantado, nada echarias de menos; pero el temporal de esta semana y la enfermedad del señor Andrés, á quien he tenido que visitar dos veces al dia, me impidieron cuidar de tu ropa.

—Vamos, mujer, no me riñas ni pongas un gesto tan severo, que ya miro terminada la importante operacion del planchado de mi camisa, motivo de impaciencia.—¿y sabes que te convendria enfadarte á menudo? Adquieren tus ojos una espresion de majestad que te sienta á las mil maravillas, ¿verdad, padre? Cuenta desde ahora con que he de hacerte rabiar muchas veces.

—Ya se ve, ¡como á tí no te duele! replicó Luisa con ademan picaresco, presentando su dedo quemado á la lengua del mastin que comprendió al momento el papel que le tocaba desempeñar en semejante caso.

—Perdóname, hermana mia, respondió Tomás, informado del leve accidente de Luisa, he sido injusto contigo. Te quejabas con razon de que hubiese alterado mi costumbre, pero tienes al doctor en casa y él remediará el mal que te ocasiono.—Cuidado, señor Clavel, con lo que hacemos. Es preciso sanar pronto á tu ama, para que haga las paces conmigo.

El perro lamia pulcramente la mano de Luisa, que al oir las palabras de su hermano, estendió hácia él la otra, sonriendo de placer y Tomás se precipitó en sus brazos.

El anciano contemplaba aquel grupo con indecible ternura.

—Decid, padre mio, parece que está enfermo el buen señor Andrés, ¿peligra acaso su vida?

—Es ya tan viejo y la ciencia tan jóven á pesar de su antigüedad, que solo Dios podrá salvarlo, contestó Pablo en tono sentencioso.

—¡Pobre señor Andrés! Pero me voy entreteniendo demasiado, dijo el jóven y necesito volver en seguida á la quinta. Las órdenes son apremiantes.

—¿Qué ha sucedido? esclamaron á un tiempo padre é hija con acento de sobresalto.

—Ahí es nada.—Que hoy llega la señora condesa y debe recibirla su inmediata servidumbre.

—Pues ve Tomás y no hagas falta, la obligacion antes que todo, dijo Pablo.

—Ahí tienes añadió Luisa, es la única prenda que no estaba en la silla de tu cuarto.

Y entregó á su hermano la camisa recien planchada.

Pocos instantes bastaron al jóven para ataviarse con su ropa limpia y abrazando de nuevo á su padre y á Luisa, se despidió hasta el próximo domingo, no sin haber dado antes unas cuantas palmadas en el hocico de Clavel, que le acompañó hasta la puerta.

III.

UNA MUJER CALVA.

Sobre una pequeña eminencia y dominando el valle como soberana del pais, estaba la casa de campo de la condesa de C., distante alguna media legua de la aldea.

Una calle de mústios sauces guiaba desde la plaza del lugar al pórtico de la quinta.

Ensanchándose circularmente los árboles en este sitio proyectaban una especie de glorieta, en cuyo centro y frente al pórtico, elevábase cual fatídico centinela de aquellas agrestes soledades un colosal mausoleo de bruñido jaspe negro, cercado por una verja de hierro.

Este monumento, que la vanidad caprichosa de los señores de C. habia erigido para panteon de su ilustre descendencia, dió sin duda origen al nombre de *Tumba negra*, con que se conocia vulgarmente la casa de campo.

Vamos ahora, previo el beneplácito de los lectores, á presentar en escena á la condesa, puesto que le conferimos, ó mas bien se le confiere uno de los principales papeles del drama.

A los pocos dias de su llegada á la quinta hallábase nuestra heroina (de este capítulo al menos) encerrada en su gabinete y entretenida en una ocupacion para cuyo desempeño no hacia intervenir otras manos que las suyas, á pesar de la falange doméstica que á todas partes la acompañaba.

Esta ocupacion se reducia al simple peinado de sus cabellos.

Frisaba la condesa en los cuarenta agostos, aunque su figura grave y desapacible le daba un esterior mas avejentado.

Alta, delgada, pálida, con la frente hundida, los pómulos salientes y la nariz roma; sus ojos de un azul ceniciento, pero turbio y apagado, coronados de desiguales y pobladas cejas que prolongándose hacia adentro, llegaban á juntarse, marcando á guisa de entrecejo perpétuo una imperfecta línea gris que dividia horizontalmente su rostro, la estremada longitud de su puntiaguda barba y el rubio bozo que sombreaba su labio superior, ligeramente contraido, daban á la condesa la apariencia de una de esas creaciones que el genio de la pintura coloca en los cuadros del infierno para trazar la repugnante imágen de los réprobos.

Una enfermedad que la condujo al borde del sepulcro, en los primeros años de su vida, habia hecho caer todo su cabello, sin que los mas recomendables y encomiados específicos, hubieran conseguido hasta entonces reparar la sensible pérdida que deploraba, y que contribuia á exasperar su irascible é impetuoso carácter en términos que sus criados temblaban de piés á cabeza al oir la voz de su señora algo mas alterada que de costumbre.

Sin embargo, á fuerza de unturas y fricciones y de una constancia de luengos años, habia logrado hacer brotar un claro y tísico vello que cuidaba con el afan de una solícita madre por las gracias de su hijo, con el esmero de una niña por los primeros retoños de los claveles de sus macetas; pero como este escaso vello, no cubria aun toda la parte superior de su persona, dejándola enteramente calva por algunos sitios, tenia necesidad de ocultar á la vista del público semejantes lunares, con una gorra de seda que ceñia su rostro como el mongil de las religiosas.

A pesar de sus pingües bienes, anzuelo de infalible pesca para los tiburones mas refractarios á la coyunda, ningun pretendiente se habia lanzado á solicitar la posesion de la condesa, durante la vida de sus padres, ni despues de hallarse huérfana; y como su escesivo amor propio, último síntoma de la existencia de muchos seres, hacia estribar en su pelada cúspide, la causa de la indiferencia masculina, un solo pensamiento, un vivo anhelo, imperioso, constante, inmenso, preocupaba su ánimo á todas horas, atormentándole mas y mas cada dia, y gravándose en su imaginacion con creciente fuerza, á medida que trascurrian lentos é inexorables los años, arrastrándola insensiblemente á esa edad problemática, exordio de la vejez, que nunca llega para ciertas doncellas acartonadas, si hemos de dar asenso á sus palabras, aunque estén en el epílogo de sus encantos.

Este pensamiento era procurarse á cualquier precio aquel adorno natural de que se veia despojada para volver al mundo, cuyo trato le hizo abandonar bien á pesar suyo un esceso de orgullo, fácil de comprender.

Pero se me dirá y con razon:—Y los peluqueros ¿cómo no agotaban los recursos de su arte en remediar el desperfecto de la condesa, ó es que no habia llegado aun á la categoría de arte el oficio del peine y las tijeras?

José J. Soler de Lafuente.

(Se continuará.)

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.—Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.